

Nuestros amores y pensamientos por Ntra. Sra. de la Cinta

por ILKONET



Los que, encamulados en los montes de la margen derecha del Ebro aguardábamos el momento de nuestra salvación con la legada de las heroicas tropas de uno de los más gloriosos Caudillos que ha conocido España desde los tiempos del rimado de Isabel y Fernando, Regaban noticias de la contundente derrota sufrida por los ejércitos de Franco en Teruel y del rápido avance de los Tercios de Requarte, Bandera de Falange y de la auténtica Infantería española por los montes turlesmes y llanuras de Castellón en dirección de las amadas tierras tarraconenses. Las horas nos parecían años y los días siglos.

Unas avanzadas de fugitivos de los ejércitos de los sin Dios y sin Patria derrotados en Teruel, en Morcilla, en Vinuesa y en otros tantos pueblos de las provincias hermanas en que intentaron resistir, nos dieron a comprender de la proximidad de los soldados del Generalísimo Franco. El pecho se hinchó cada vez más a la esperanza de la más grande ilusión de nuestra vida: el poder contemplar y besar nuevamente la bendita bandera roja y guinda, símbolo de nuestra redención y grandeza. Unos potentes catonazos y fragor de pólvora, acompañados de rubios tabloneros ametralladores y fusilería por los próximos montes de Caro y de las villas de Cherta y Maó de Beheranes, nos confirmaron durante los días 15, 16 y 17 de abril, la proximidad de nuestra liberación y de que los heroicos soldados de Cristo y de España pisaban ya tierra de esta amada provincia tarraconense, salvándola de los garras de la tática soldadesca de Negrín, comandada por los sanguinarios Lister y el Campeaños. (Nuestras dedichas y persecuciones tocaban a su fin) (Nuestro calvario de innumerales dolores y martirios sufridos durante veintidós meses, estaba a punto de terminar) (Las tropas del Invicto Franco, mandadas por los más valerosos e intrépidos oficiales de alta mujer y más valiente infantería del mundo, como dijo el Caudiller Bismark, estaban acercándose a las puertas de nuestra cárcel, puesto que su otra cara eran las pedruzcas de tierra que aporrecaban los más desdichados prisioneros de todas las nacionalidades que formaban las brigadas internacionales que habían sustituido el querido sueño de España en confabulación con toda la heta del socialismo, del comunismo, del socialismo y del republicanismismo español)

Con un sol brillante y esplendoroso amaneció el imborrable e imperdadero 18 de abril de 1938. (Día de nuestra resurrección) Fecha histórica para las riberas de la margen derecha del Ebro y para nuestra muy amada ciudad. (Despertamos ante en el campo rojo, y como durante veintidós meses y dos días —cómo se cuentan los días cuando se está inocentemente encerrado en una ergástula—, con el corazón optimista y el espíritu anhelante, y nos acotamos trinquillos y confinados —lo que no habíamos hecho durante veintidós meses— porque sabíamos velaban ya nuestro sueño los centinelas de la verdadera libertad, y porque sobre el techo en el que decábamos nuestra vil existencia moral —tan necesitada de reposo— flotaba la immaculada bandera roja y guinda, la gloriosa bandera española, tan amada cuan esperada, para bendecirla y besarla, desde que en 1931 la ofendieron, mancillaron y arrinconaron unos malos españoles, y más amada y esperada —particularmente por los que quedamos aprisionados en territorio rojo— desde que en el histórico 18 de julio de 1936 fué de nuevo al viento precipitando a la reconquista espiritual y patria de todos los ciudadanos y tierras, pueblos, villas y ciudades españolas!

(Para qué describir la escena que contemplamos en la jornada del 18 de abril de 1938, efemérides histórica en que las columnas del Caudillo Republicán al millenario y españolísimo Ebro? Cada una de estas escenas bien merecían un capítulo aparte. Los vítores, las lágrimas, la alegría por su redención de tantos miles de ciudadanos, y el último combate librado durante dos horas —desde las cuatro y media a las seis y media de la tarde— entre las avanzadas del Ejército nacional y la retaguardia de los enemigos de la fe y de España en las montañas e inmediaciones de la pedanía de Vinalopó, hizo que viviéramos la jornada más emotiva e histórica de nuestra existencia. (Había comenzado la liberación de nuestra comarca) (Había comenzado la reconquista de las tierras de Tortosa para España) (Estábamos salvados) (Éramos ya ciudadanos libres) (Estábamos de nuevo entre la civilización y la cultura) (Lauda Dios y Franco por tan divina gracia y excelsa merced)

* * *

El día 23 de abril 1938 puede considerarse, en los anales de la fe de los tortosinos, como el día más glorioso y feliz, después de la persecución que sufrimos nuestras creencias religiosas, nuestra bandera roja y guinda y nuestro enlovecido y querido himno nacional. Fue este día el en que por primera vez, después de ocho años en que fué arriada y arrinconada por los antipatrióticos la enseña patria que durante tantos siglos los pueblos todos del mundo veneraron, acataron y adoraron; fue en este día en que las vibrantes notas del himno nacional, sustituidas por las de los charangas de un himno extranjero, durante el largo periodo de desgobierno, fue en este día, después de dos años de sujeción explotación, incendio y destrucción de Nuestra Santa Madre la Iglesia y supresión de los Divinos Oficios; fue en este día de 23

de abril de 1938, cuando por primera vez en la tierra tortosina se reunieron los símbolos más gloriosos y sagrados para todo católico, para todo patriota, para todo español, en atmósfera oficial.

Por eso nos satisfacemos en proclamarlo, para constancia en los anales de la historia de la catolicidad de nuestra ciudad. Fue en la pedanía tortosina de Vinalopó, llamada situada a tres kilómetros de nuestra ciudad, donde por primera vez después de los trágicos episodios vividos en los largos meses de persecución de la religión católica y de los largos años de vejaciones inferidas a los immaculados símbolos de España, pudimos los amantes de la religión y de la patria experimentar las inefables dulzuras que brindan los amores de los más sacrosantos pontificados.

En la plaza mayor de la ciudad pedánea (ahí llamada la Sagrada Mesa en la que un capellán catense había de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Mesa convertida en altarito, esplanada con banderas y gallardetes de los colores nacionales. Guiraldas de tempranas flores daban mayor realce y prestancia al ambiente en cuyo lugar fluían a asistir a la ceremonia más amada por los que nos hemos educado en la doctrina del Redentor... En la orilla izquierda del Ebro, a dos kilómetros del lugar en que se celebraba el acto que es objeto de nuestra gloria, rugían desesperadamente, por las derrota sufridas, los cañones de los ejércitos de los sin religión y sin patria. (Contraste que jamás olvidaremos cuantos lo vivimos!) En la planicie de la pedanía de Vinalopó, en su altarito, el Señor de los Cielos, mares y tierra, extendiendo sus brazos, brindando amor y perdón para todos los hombres. En la margen izquierda del Ebro, los hijos del infierno pregonando odio y exterminio, lanzando bocanadas de pólvora y metralla para exporcar el dolor y la muerte... En la pedanía de Vinalopó, cantándose las excelencias de la Virtud y de la Serenidad; en la izquierda del Ebro, revolviéndose en la desesperación y en el desenfreno...

El alegre volver de una campaña salvada de la vorágine marxista invita a los creyentes, a los oídos de la mañana, a congregarnos en la ya, para nosotros, histórica plazaleta, para asistir por primera vez, después de veintidós meses, al Santo Sacrificio de la Misa. La plazaleta, con todo y su espaciosidad, se hizo insuficiente para dar cabida a la ingente multitud de devotos ávidos de entonar sus alabanzas al Señor por la gracia que les había dispensado de haberse salvado de la vesania roja y ballarse ya en puerto de salvación, cobijados bajo los gloriosos pliegues de la enseña nacional. Un capellán catense, *Placer* de una de las divisiones libertadoras, se el celebrante. (Jamás presenciamos mayor unión y fervor de una multitud) Solo el siseo de la mutación de las oraciones intermite la serenidad emotiva de tan solemne acto... Cerca, muy cerca, continúa rugiendo el cañón de los incrédulos que intentan, seguramente, alinear la puntería hacia la plazaleta donde el Señor está recibiendo la gratitud de sus hijos muy amados. Por los alrededores caen bastantes

proyectiles y granadas. Parece que alguien van a hacer blanco entre los asistentes, y se observan, nada a su medida, nubes se convierten, nubes se mueven. (Sabes que el Señor está velado por ellos en aquellos salubres instantes)

De pronto, nos raze de nuevo fervorosamente los vibrantes notas de la Marcha Real, interpretada por la Banda de Música de un Regimiento liberador asistido al trascendentalismo acto. El sacerdote está en el momento sublime de la Consagración... La enorme multitud entre los dedos rodados en el suelo, sus frentes casi tocan la tierra, sagra para todos en aquellos momentos. (No olvidaremos jamás tales instantes) En alto el sagrado Cáliz por el sacerdote; la bandera roja y guinda flotando gallardemente a la rosa de los vientos, las vibrantes notas del Himno Nacional... Los cánticos de los marciales, moviéndose a la solemnidad trabando salva al Señor... (Jamás se apartará de nuestra mente momentos tan sublimes) De continuo de ojes se escapan las lágrimas que, como perlas, se ofendían al Señor, a Franco y a sus heroicas tropas, por su redención, por su salvación, por su resurrección...

Volábamos a sentirnos fuertes, dichosos, felices. Disfrutábamos ya del consuelo de la religión, estaban ya allí, para defendernos, para velar por nosotros, los soldados de España, estaba ya allí, desahogado gallardemente a nuestros perseguidores, la bendita bandera que en el transcurso de los tiempos a tantos de nuestros enemigos contempló humillados y vencidos bajo sus pliegues.

Y para fortalecer mucho más su espíritu, fueron continuos los que se acercaron a la Sagrada Mesa para recibir el Pan de los Angeles. Mayor celestial que desde hacía tantos meses, que nos semejaban uñas, no habíamos podido recibir por la dulce vesania de los que aborrecían los libertades ciudadanos.

(Memorable, imperdadero, la jornada católica y patriótica del día 23 de abril de 1938, para todos los hijos de la Virgen de la Cinta, porque ella nació en los anales de la historia de nuestra ciudad la liberación de nuestros espíritus y de nuestra ciudadanía)

La Primera Santa Misa, la primera vez que nuestros corazones experimentaron las dulzuras y vibrantes notas del Himno Nacional, la primera vez que nuestros ojos pudieran contemplar los colores y la gallardía de nuestra invicta bandera... después de tantos años de dolores, de tragedia y de perdidos; después de sufrir eventos calvario y contemplar tanta ruina, tanta cruces, tanta angustia... nuestros de nuestros pechos se nos resecan un vibrante (Salve, Madre; Salve, Reina y Señora de la Cinta, Salve)

Anotad, historiadores de nuestra gloria; anotad, gloriosos de nuestra grandezas; anotad, tortosinos todos, la fecha del 23 de abril de 1938. Ella nos dio de la eternidad más sublime de los tiempos modernos, de nuestro resurgir espiritual, moral y físico.

proyectiles y granadas. Parece que alguien van a hacer blanco entre los asistentes, y se observan, nada a su medida, nubes se convierten, nubes se mueven. (Sabes que el Señor está velado por ellos en aquellos salubres instantes)

De pronto, nos raze de nuevo fervorosamente los vibrantes notas de la Marcha Real, interpretada por la Banda de Música de un Regimiento liberador asistido al trascendentalismo acto. El sacerdote está en el momento sublime de la Consagración... La enorme multitud entre los dedos rodados en el suelo, sus frentes casi tocan la tierra, sagra para todos en aquellos momentos. (No olvidaremos jamás tales instantes) En alto el sagrado Cáliz por el sacerdote; la bandera roja y guinda flotando gallardemente a la rosa de los vientos, las vibrantes notas del Himno Nacional... Los cánticos de los marciales, moviéndose a la solemnidad trabando salva al Señor... (Jamás se apartará de nuestra mente momentos tan sublimes) De continuo de ojes se escapan las lágrimas que, como perlas, se ofendían al Señor, a Franco y a sus heroicas tropas, por su redención, por su salvación, por su resurrección...

Volábamos a sentirnos fuertes, dichosos, felices. Disfrutábamos ya del consuelo de la religión, estaban ya allí, para defendernos, para velar por nosotros, los soldados de España, estaba ya allí, desahogado gallardemente a nuestros perseguidores, la bendita bandera que en el transcurso de los tiempos a tantos de nuestros enemigos contempló humillados y vencidos bajo sus pliegues.

Y para fortalecer mucho más su espíritu, fueron continuos los que se acercaron a la Sagrada Mesa para recibir el Pan de los Angeles. Mayor celestial que desde hacía tantos meses, que nos semejaban uñas, no habíamos podido recibir por la dulce vesania de los que aborrecían los libertades ciudadanos.

(Memorable, imperdadero, la jornada católica y patriótica del día 23 de abril de 1938, para todos los hijos de la Virgen de la Cinta, porque ella nació en los anales de la historia de nuestra ciudad la liberación de nuestros espíritus y de nuestra ciudadanía)

La Primera Santa Misa, la primera vez que nuestros corazones experimentaron las dulzuras y vibrantes notas del Himno Nacional, la primera vez que nuestros ojos pudieran contemplar los colores y la gallardía de nuestra invicta bandera... después de tantos años de dolores, de tragedia y de perdidos; después de sufrir eventos calvario y contemplar tanta ruina, tanta cruces, tanta angustia... nuestros de nuestros pechos se nos resecan un vibrante (Salve, Madre; Salve, Reina y Señora de la Cinta, Salve)

Anotad, historiadores de nuestra gloria; anotad, gloriosos de nuestra grandezas; anotad, tortosinos todos, la fecha del 23 de abril de 1938. Ella nos dio de la eternidad más sublime de los tiempos modernos, de nuestro resurgir espiritual, moral y físico.